

El caso Padilla revisitado

César Leante

Durante la autocrítica de Padilla en la UNEAC se produjeron dos hechos que revelan el aspecto teatral de aquella representación, que todo obedecía a un montaje previamente establecido. Hacia el final de su disertación, Padilla «invitó» a los escritores que habían estado más cerca de él últimamente a hacerse también su autocrítica. Todos aceptaron menos dos. David Buzzy no se acercó a la mesa a pesar de que Padilla se lo pidió más de una vez; no se movió de la silla que ocupaba al fondo del local. Y Norberto Fuentes no sólo se negó a autoinculparse sino que literalmente «se tiró en el suelo» —expresión que en Cuba equivale a molestarse, enfadarse— pues deslizó su espalda por la pared que estaba detrás de la mesa hasta quedar acuclillado en el suelo. Desde esa posición le dijo a Padilla que mentía y que él no admitía que su libro de cuentos *Los condenados de Condado* fuera contrarrevolucionario ni tampoco que él hubiera realizado actividades contrarrevolucionarias. No obstante la amenaza de Padilla de que podía decir «cosas» que no le iban a gustar nada, conversaciones que ambos habían sostenido, Fuentes se mantuvo en su terquedad. Fue la nota discordante de la noche, siquiera anecdóticamente. Quizás la sal que una vez pidiera Carlos Rafael Rodríguez.

Parece que todo esto estaba preparado. Bastantes años después, en 1989, ya en el exilio, tanto Padilla como su esposa Belkis confesarían que aquello había sido un *show* y que Buzzy y Fuentes eran agentes de la Seguridad. En el meticuloso libro de Roger Reed, éste escribe: «Padilla me dijo el 5 de mayo de 1989 que Fuentes había sido oficial de la Seguridad del Estado desde su juventud» (traducción mía). Y en cuanto a Buzzy le declaró que «había trabajado para la Seguridad del Estado siempre y que su encarcelamiento (supuestamente por haber tratado de salir clandestinamente de Cuba en 1964) había sido un pretexto para introducirlo en la cárcel como espía» (Id.). Belkis le confirma esta condición de infiltrado de Buzzy, pero ahora entre los escritores que se reunían con Padilla: «Me dijo —Belkis— que Buzzy trabajaba secretamente como informante de la policía de Seguridad del Estado» (Id.). Y acerca de Fuentes, que «por esa época (entre 1968 y 1971) estaba trabajando en secreto para la Seguridad del Estado», Reinaldo Arenas también asegura en *Antes que anochezca* que

Fuentes era «coronel de Seguridad». Sin nombrarlo, en *Persona non grata* Jorge Edwards desliza también que Buzzy era un agente de la Seguridad. En cuanto a la protesta de Fuentes en la UNEAC, Belkis Cuza manifiesta que fue hecha para «aparentar que él era un tipo duro que se le enfrentaba a Seguridad. Por eso no se hizo la autocrítica. Dijo que 'Heberto está mintiendo' para darle más autenticidad a su *show*» (entrevista de Reed). Esta pretendida rebeldía de Norberto Fuentes fue utilizada por el diario bonaerense *La Opinión*, de tendencia castrista, para en un artículo titulado «La autocrítica no es obligatoria», alegar que «Al rebatir vigorosamente a Padilla, el caso Fuentes demuestra que la autocrítica no es *obligatoria* en Cuba» (énfasis en el original).

Roger Reed, que es el que con más detalle, más escrupulosamente ha analizado la confesión de Padilla y la valora de tal modo que para él «puede ser considerada como un hito en la historia de la lucha contra Castro. Fue una gran burla, pues aparentemente Padilla se estaba sometiendo a los deseos de Castro. Sin embargo, en realidad le estaba infligiendo una herida de la cual jamás se recobraría» (traducción mía). Pues «la autocrítica de Padilla —ha dicho antes— triunfó en su propósito de evidenciar la represión contra la libertad de pensamiento que existía en Cuba. Fue su confesión lo que empezó a hacer que la opinión pública se volviera contra Castro» (Id.). Y se extraña él de que muy pocos, sobre todo en el extranjero, se percataran del mensaje y la advertencia que Padilla estaba transmitiendo mediante su ambigua autocrítica. Entre los pocos que captaron la señal estuvo Juan Goytisolo, destaca Reed. Y en efecto, así fue, si nos atenemos a lo que escribió en su libro *En los reinos de Taifa*, aunque esta obra es de fecha tan cercana como 1986.

Retrospectivamente el poeta cubano Roberto Fernández Retamar, actual presidente de la Casa de las Américas y a quien Padilla dedica el poema más extenso de *Fuera del juego*, «La sombrilla nuclear», se percató también algo de las celadas contenidas en la autoacusación de Padilla. Escribió en la revista *Casa de las Américas* en 1986, o sea, quince años después del suceso: «Como se hizo evidente más tarde (la confesión de Padilla) no fue más que la maligna caricatura de las autoacusaciones de los tristemente célebres juicios de Moscú de la medianía de los años treinta. Esto es, era un material cuyo propósito era que fuese descodificado por aquellos que estaban dispuestos a considerar que Cuba estaba viviendo un período similar al del llamado culto a la personalidad en la URSS en esa época».

Curiosamente, para Gabriel García Márquez, que se negó a firmar la carta de protesta de los intelectuales extranjeros a Fidel Castro por el arresto de Padilla y que hasta la fecha ha mantenido una fidelidad incondicional al

dictador cubano, la autocrítica de Padilla «es tan exagerada, tan abyecta que parece obtenida a través de procedimientos ignominiosos».

Jorge Semprún, que militó en el Comité Central del Partido Comunista español, que fue prisionero de los nazis en el campo de concentración de Buchenwald, a más de ser el autor del guión de la película *La confesión*, basado en el libro homónimo del dirigente Arthur London, que en la Checoslovaquia comunista sufrió un proceso parecido al de Padilla en Cuba, —más brutal aún, pues duró mucho más tiempo y no se le impuso a un poeta sino a un líder político— pues bien, Jorge Semprún, conocedor al dedillo de los siniestros procesos de Moscú y de sus iguales posteriores en las «democracias populares», no vio en la confesión de Padilla ese doble lenguaje que tenía ante los ojos. Lo evoca así en *Autobiografía de Federico Sánchez* (pseudónimo con el que Semprún operaba en España antes de ser expulsado del «Partido» en 1964).

¿Era *Fuera del juego* un libro contrarrevolucionario? Por supuesto que lo era. Profunda, radical, medularmente contrarrevolucionario. Estaba contra la revolución (no sólo la cubana sino contra todas las revoluciones) desde su primera hasta su última letra (el verso con que cierra el poemario no es sino una cortina de humo, una quebradiza hipocresía). Pero ahí estaba su gran valor. La revolución era el mal, el daño, la desgracia, y este libro lo mostraba —casi lo demostraba—. A veces Padilla llama en él pesadilla (siguiendo a James Joyce) a la Historia. Pero en su caso la pesadilla no es la Historia sino la Revolución. O la revolución es sinónimo de historia. No hay en esto nada vergonzante, sino aceptación de la profunda mentira de un mito. Como la aceptó el más revolucionario de los revolucionarios hispanoamericanos al pedir al final de su vida, de sus luchas, de sus guerras «una revolución para acabar con todas las revoluciones». Y estoy citando a Bolívar. O antes Goethe, al preferir «una injusticia a un desorden». O en nuestros tiempos Berdiaeff, llamando «desgracia» a la revolución. Tras la hecatombe de los regímenes comunistas se ha hecho confirmación el rechazo de la necesidad de la revolución. En América Latina, recientemente Vargas Llosa ha dicho que aquí, en este suelo donde la revolución ha sido un espejismo perpetuo, lo revolucionario es renunciar a la revolución. En este sentido *Fuera del juego* sustentaba poéticamente la idea de la malignidad, la perversidad de la revolución.

Por lo tanto, ¿hizo bien el gobierno revolucionario cubano en prohibir *Fuera del juego*, en impedir su circulación? Por supuesto que hizo bien. Desde su lógica, desde su coherencia, desde su «discurso», tenía que hacerlo. (Para no hablar de conveniencia y supervivencia). Porque este libro era un enemigo, *su* enemigo, el enemigo de la Revolución (con mayúscula).

Pero un enemigo con toda la razón del mundo. Por eso era *objetivamente* peligroso. Si el lector cubano lo hubiese leído, habría sido como un acto dinamitero. Hubiera concordado con él, y si no concordado hubiera hecho tambalear su confianza, su fe en la revolución (aparte del estremecimiento, del escándalo que habría producido internamente, dentro de Cuba, en la esfera de un sistema tan cerrado ideológicamente, cosa que publicitariamente también contaba). Porque por encima de las máscaras en que se ocultaba, era un libro claro cuya esencia (o mensaje) la gente habría entendido. Y popularmente habría socavado la revolución. En el terreno intelectual el mal habría sido todavía mayor, pues hubiera pautado un modo de comportamiento del intelectual frente al poder. Por su verdad y su rebeldía era seductor para los poetas, esto es, para los creadores de bienes espirituales. Y en una situación en que, como dice el libro en uno de sus poemas (cito de memoria), «escribir se convierte cada vez más devoradoramente en vivir», podría haber devenido «una guía para la acción» intelectual –justamente la facultad que la teoría marxista se proponía ser o se autoadjudicaba como misión–.

Además, estaba escrito *Fuera del juego* con todos los elementos para desarmar una revolución, o el mito revolucionario: el pesimismo, el derrotismo, el cinismo, la insinuación que perturba, su ácida ironía y hasta su carcajeante humor. («Instrucciones para ingresar en una nueva sociedad», «Para aconsejar a una dama»). En todo es corrosivo hasta la médula, un ácido implacable. Y además apasionado también, y no pocas veces lírico: recursos ambos que hacen explotar la emoción. Es, en síntesis, todo lo contrario de lo que una revolución pretende ser: la ilusión, la confianza, la fe firme, en suma, la Historia.

Así pues, la represión contra *Fuera del juego* era inevitable. Se trataba de la Revolución o este libro, o sea, una actitud, una conducta. La Revolución no podía tolerar ni esa actitud ni esa conducta porque hubiera estado cavando su propia sepultura. El día que la revolución dejase de ser dictadura, perecería. El día que la revolución permitiese la libertad, dejaría de existir o de ser. Estaba en su esencia, en su conformación ser dictadura y negar la libertad. En consecuencia, había que aplastar *Fuera del juego*. Porque una Revolución, una enorme mentira erigida en diosa de la verdad, no puede subsistir si no es imponiendo la coerción y la violencia, aniquilando cuanto pueda desenmascararla, pues a pesar de su aparente descomunal tamaño, tiene los pies de lodo y es más frágil, vulnerable, quebradiza que el hombre de cristal que el Licenciado Vidriera creía ser.

(Fragmento del libro en preparación *Anatomía del castrismo*)